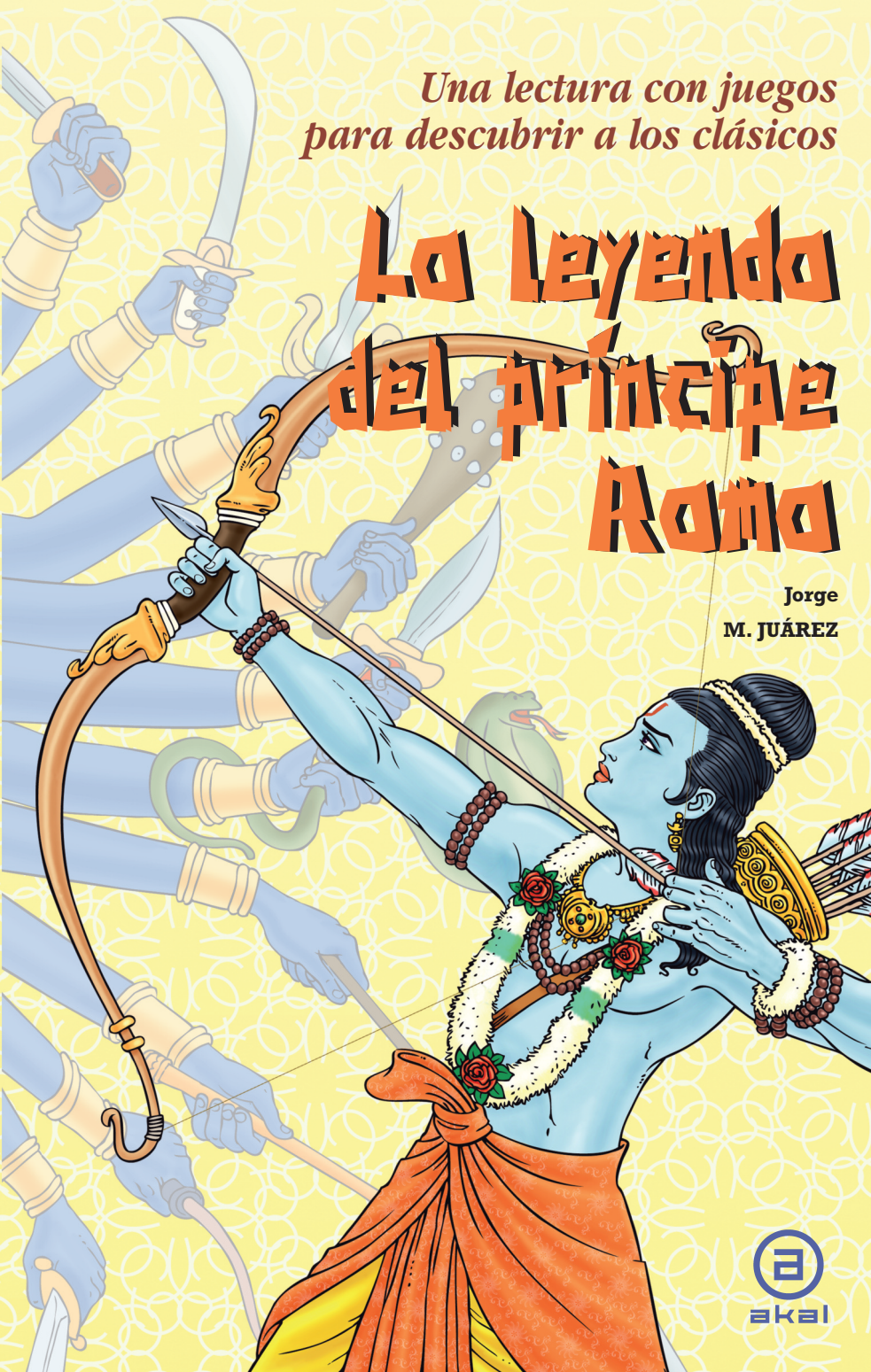


*Una lectura con juegos
para descubrir a los clásicos*

La leyenda del príncipe Rama

Jorge
M. JUÁREZ



*Una lectura con juegos
para descubrir a los clásicos*

La leyenda del príncipe Aomo

Jorge M. Juárez

Ilustraciones de
David Ouro



EN LA MISMA COLECCIÓN

Anne-Catherine VIVET-RÉMY

Agamenón y la guerra
de Troya
Los viajes de Ulises
Los trabajos de Hércules
Edipo
Rómulo y Remo
Lanzarote y los caballeros
de la Tabla Redonda
Teseo y el Minotauro
De Apolo a Zeus

Béatrice BOTTET

Isis y Osiris

Bruno DOUCEY

Moisés

Brigitte ÉVANO

Erik y Harald, guerreros
vikings

Florence LANGEVIN

Sherezade y las Mil
y Una Noches

Anne-Marie ZARKA

Julio César y la guerra de
las Galias

Magali WIÉNER

Jasón y el vellocino de oro

VALPIERRE

El cantar de Roldán

Josefina CAREAGA RIBELLES

Boabdil y el final del reino
de Granada

Jesús MAIRE BOBES

Tirant lo Blanc

Jorge M. JUÁREZ

El Inca de Cuzco

Jorge M. JUÁREZ

Drácula, el vampiro
de Transilvania

Josefina CAREAGA RIBELLES

El Cid

Jorge M. JUÁREZ

El libro secreto de los mayas

Jorge M. JUÁREZ

El doctor Frankenstein

Jesús MAIRE BOBES

Gilgamesh, el sumerio

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Jorge M. Juárez, 2012

© de las ilustraciones, David Ouro, 2012

© Ediciones Akal, S. A., 2012

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 91 806 19 96

Fax: 91 804 40 28

www.akaleduccion.com

ISBN: 978-84-460-4921-0

Sumario

	<i>Páginas</i>
I.– El retorno del rey Desarata	5
II.– El nacimiento de los herederos	12
III.– Los demonios nocturnos de la jungla	21
IV.– El arco sagrado de Siva.	30
V.– Los dos deseos de la reina	38
VI.– El exilio a la jungla.	47
VII.– La maldición del rey.	55
VIII.– La morada de Baradvadja	64
IX.– El camino hacia Panchavati.	72
X.– El rey de los raksasas	81
XI.– El combate de los monos	91
XII.– El hijo del Viento	100
XIII.– El puente hacia Lanka.	109
XIV.– El rey de Ayodia.	117
Soluciones a los juegos.	127

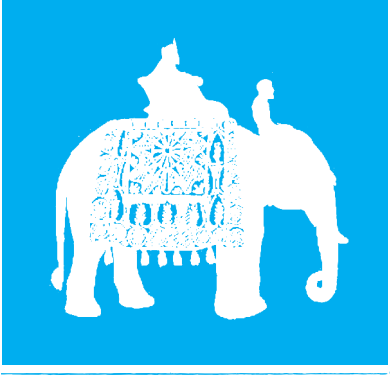


Los *héroes clásicos* continúan apasionando a los jóvenes y a los adultos: sus aventuras, al mismo tiempo que dan a conocer las culturas antiguas o medievales, nos muestran de nuevo, de un modo simbólico, todas las situaciones típicas de la condición humana.

La colección *Para descubrir a los clásicos* permite descubrir a los jóvenes los grandes mitos que son el origen de nuestra cultura, y las epopeyas históricas de las grandes civilizaciones del pasado. Los libros presentan *textos originales* divididos en breves episodios ilustrados, fáciles de leer y completados con páginas de *juegos y documentación*.

Estas páginas permiten al joven lector:

- comprobar la *comprensión del texto* a partir de preguntas simples pero fundamentales sobre la acción, los personajes y el sentido de las palabras importantes;
- memorizar el *vocabulario* respondiendo a las charadas o resolviendo los crucigramas;
- hacerse con un *caudal de conocimientos culturales* gracias a la gran cantidad de informaciones relacionadas con la civilización, la cultura o el contexto histórico en el cual se inserta el relato.



— I —

El retorno del rey Desarata

LA HISTORIA QUE SE NARRA a continuación ocurrió hace miles de años en un lejano reino de la India, en un tiempo y un lugar muy diferentes a los que conocemos hoy. La tierra estaba poblada por maravillosos animales que se comunicaban, en ocasiones, con los seres humanos. Los dioses, los demonios y los hombres compartían el mundo y sus luchas eran frecuentes. Algunos de estos hombres vivían cientos de años y se convertían en reyes justos de gran sabiduría.

Uno de estos reyes se llamaba Desarata y gobernaba la preciosa ciudad de Ayodia. Sus habitantes lo amaban porque era un buen soberano que siempre actuaba por el bien de su pueblo. Este rey tenía tres esposas, pero ninguna de ellas le había dado aún hijos. La ciudad ardía en deseos de conocer al heredero, pero estaba muy contenta con su gobierno.

Desarata fue llamado por Brahma, el dios creador, a luchar en la región de Dandaka contra los poderosos asuras, demonios de los cielos eternamente enfrentados a los dioses. Fue una batalla feroz de la que todos los libros hablaron durante siglos. En ella, todo el ejército de Ayodia combatió a los terribles asuras y a sus seguidores en la tierra, los raksasas, demonios de fuerza extraordinaria y maldad fuera de lo común. Los temibles asuras eran, en realidad, dioses poderosos que decidían utilizar sus

habilidades en contra de los hombres. Intentaban invadir poco a poco el universo para gobernarlo. Sus aliados, los raksasas, adoptaban la apariencia de humanos gigantes con la piel azul y eran ágiles y muy diestros en el manejo de las armas. Para acabar con cada uno de ellos era necesario el valor de muchos soldados. Los combates se sucedían durante semanas de lucha sin tregua. En ocasiones, los demonios parecían inmortales. Si acababan con uno, aparecían cuatro más, cada uno con un aspecto más atroz e intenciones más crueles que el anterior. Transcurrió más de un año hasta que un mensajero llevó a Ayodia la buena nueva: el rey Desarata había acabado con uno de sus terribles jefes y todos los demonios se habían batido en retirada.

—¡Victoria! —gritó el pueblo al unísono.

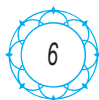
—¡Somos libres! —celebraban muchos.

La ciudad de Ayodia se puso rápidamente manos a la obra. Engalanaron la avenida principal con estandartes, joyas y una multitud de adornos para festejar la vuelta del rey victorioso. La vegetación exuberante se cubrió de grandes telas de colores para recibir a Desarata, el hombre que había derrotado a los enemigos del ser humano. Pasaron los días y Ayodia siguió esperando. No llegaron más mensajes, así que los súbditos del rey comenzaron a impacientarse. Kekeyi, la segunda esposa de Desarata, esperaba preocupada en uno de los salones del palacio real.

—Tengo un extraño presentimiento —dijo a su anciana maestra—. Es como si supiera que algo no ha salido bien.

—¿Qué habría de salir mal? —contestó esta—. Ya escuchaste al mensajero. Nos trajo noticias de la victoria de tu marido. No hay motivo para alarmarse. El camino desde Dandaka es largo y difícil. Es normal que se retrasen.

Kaosalya, la primera esposa del rey, irrumpió de pronto en el salón.



—¡Ya llegan! —exclamó—. Las tropas de Desarata están entrando en la ciudad.

Las dos esposas y la anciana nodriza se acercaron al balcón del palacio para observar la venida del poderoso ejército con su rey al frente. La selva que rodeaba la ciudad era tan espesa que apenas se veía nada más que una gran nube de polvo que se iba acercando. Por fin, llegaron a la avenida principal y todo el mundo contempló a los poderosos elefantes montados por los soldados del rey. Los animales iban adornados con telas y joyas de diversos colores y meneaban sus trompas de un lado a otro. Al verlos entrar en procesión, la ciudad estalló de júbilo. Los habitantes de Ayodia lanzaban pétalos brillantes a su paso y los músicos de la ciudad hacían sonar sus instrumentos. Liderando la marcha iba el rey, con su corona de oro cubriéndole la cabeza. Parecía cansado y se tambaleaba a cada paso de su elefante.

—Debe de haber sido una batalla aterradora —comentó Kaosalya—. Desarata y sus hombres tienen que descansar cuanto antes. Parecen estar a punto de desfallecer.

—Vamos a bajar, Kaosalya —dijo, muy preocupada, Kekeyi—. Siento dentro de mí que algo no va bien.

Ambas bajaron las escaleras del palacio a toda prisa y llegaron a la entrada principal. Frente a ella, la procesión de elefantes se había detenido, con el rey a la cabeza. La ciudad estaba muda esperando a que Desarata pronunciase unas palabras. El silencio se prolongó unos instantes.

De pronto, varios soldados acudieron corriendo hacia el elefante del rey y lo rodearon. Desarata se desplomó sobre ellos.

—¡El rey está herido! —gritó una voz entre la multitud—. La alarma se apoderó de todos los habitantes de Ayodia. La música cesó súbitamente y el murmullo y la confusión lo ocuparon todo.

Los soldados llevaron a Desarata en brazos hacia la entrada del palacio. Kaosalya y Kekeyi ordenaron abrir las puertas.



De pronto, varios soldados acudieron corriendo hacia el elefante del rey y lo rodearon. Desarata se desplomó sobre ellos.

—Ha perdido mucha sangre, mis señoras —dijo uno de los generales—. Necesita que los médicos se ocupen de sus heridas.

—¿Quién le ha hecho esto? —preguntó Kaosalya muy asustada.

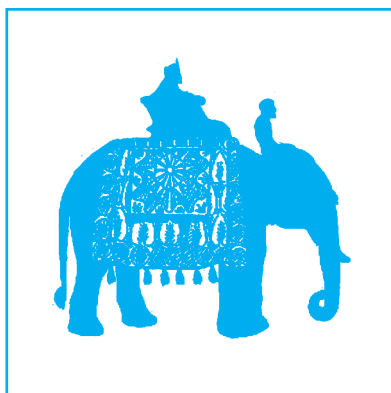
—Fue el último de los asuras —explicó el general—. Era el más poderoso de todos. Desarata luchó contra él durante horas hasta vencerlo, pero al caer abatido, el demonio lanzó dos flechas certeras. Una a cada costado. Durante el viaje de vuelta, la fiebre no ha cesado de subirle.

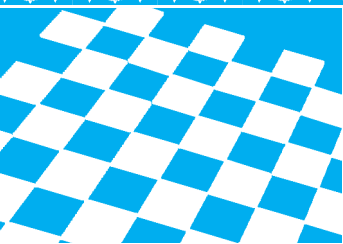
Kekeyi tocó la frente del rey. Estaba ardiendo. Entre la poblada barba sus labios secos parecían balbucear algo. Las dos esposas se acercaron.

—Los dioses me llevan —dijo Desarata con dificultad—. A mí, que he luchado por ellos en cien batallas. Siva, Visnú, Brahma. El mismísimo Indra. Se llevan mi cuerpo sin darme la oportunidad de dejar un heredero. Mi linaje se acaba aquí.

Dicho esto, cerró los ojos y quedó inconsciente.

—Deprisa —ordenó Kekeyi—. Llévadlo dentro.





Juegos

— I —

El retorno del rey Desarata



1 Prueba de memoria

A. ¿Quiénes son los raksasas?

- a Dioses poderosos que utilizan sus habilidades contra los hombres.
- b Seguidores de los asuras en la tierra, que pueden adoptar forma humana.
- c Son aliados de Brahma, el dios creador.

B. ¿Por qué regresa herido el rey Desarata?

- a Porque un asura le ha disparado dos flechas antes de morir.
- b Porque varios raksasas le han atacado.
- c Porque ha hecho que los dioses Siva, Visnú y Brahma se enfurezcan.

C. ¿Dónde se encuentra la ciudad de Ayodia?

- a En la antigua China.
- b En el antiguo Egipto.
- c En la antigua India.

D. ¿Qué dios pidió ayuda a Desarata para vencer a los asuras?

- a Brahma.
- b Siva.
- c Visnú.





Documentación

— I —

El hinduismo

El hinduismo es la tercera religión con más seguidores del planeta, después del cristianismo y el islam. Es la religión principal de varios países como la India, Nepal o la isla de Bali, pero existen comunidades hindúes en la mayoría de países del mundo. En total, se calcula que cuenta con más de 900 millones de fieles.

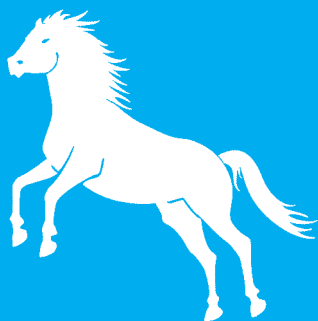
El hinduismo es, en realidad, una suma de un gran número de tradiciones antiguas y, por tanto, tiene diversas ramas y los dioses que se adoran son muchos. Los principales son los que configuran el llamado *Trimurti*, una especie de trinidad formada por tres dioses: Brahma, Shiva y Visnú. Algunos de sus textos sagrados más importantes son el *Mahabharata* o el *Ramayana*, que cuenta la historia del príncipe Rama.

Los cuatro Vedas

Los cuatro *Vedas* son las escrituras más antiguas del hinduismo. Están escritos por varios autores, que habrían recibido las palabras directamente de los dioses. Los principales son Indra (el más poderoso), Agni (su hermano y dios del fuego) y Surya (el dios del sol). Estos textos contienen los famosos *mantras*, oraciones y adoraciones que se dirigen a los elementos de la tierra para conseguir su favor en forma de riquezas o buena suerte.

El sánscrito

El sánscrito es una de las lenguas indoeuropeas más antiguas y fue el idioma clásico de la India. Todos los textos sagrados que fueron transmitidos de manera oral están escritos en esta lengua. Aunque en la actualidad ha sido sustituida por otras más modernas, sigue utilizándose en los rituales hindúes.



— II —

El nacimiento de los herederos

TAN PRONTO VIERON A DESARATA, los médicos del palacio coincidieron en que las heridas eran tan graves que no podían salvarlo.

—¡No podemos dejarlo morir! —lloraba Kaosalya.

—No hay nada que se pueda hacer, mi señora —dijo uno de ellos—. Ha perdido tanta sangre que la vida se le ha ido escapando poco a poco. Es el deseo de los dioses que Desarata abandone este cuerpo.

La anciana nodriza cogió el brazo de Kekeyi y la apartó hacía sí. Acercó su cabeza al oído de la segunda esposa del rey y le susurró.

—Hay algo que se puede hacer —dijo—. Puedo preparar un ungüento. Le devolverá la sangre perdida. Debéis aplicárselo con vuestras manos. Una en cada herida. Día y noche hasta que sane.

—¿A qué esperas entonces? —exclamó Kekeyi—. Hazlo. Prepara ese bálsamo cuanto antes. No importa si tengo que estar una vida entera sanándolo.

—Hay un problema —dijo la nodriza—. Para conseguirlo tengo que utilizar una magia muy peligrosa.

—¿Cuáles son los peligros de los que hablas? —quiso saber Kekeyi.

—Desgracias futuras, mi señora —contestó la anciana—. Esta magia puede traer maldiciones sobre vuestra familia en algunos años.



—¿En algunos años? No habrá futuro si Desarata muere. No hay heredero que le suceda, así que se producirá una guerra para conquistar el trono. No volveremos a vivir en paz. La concordia se romperá para siempre. ¿No son esas desgracias futuras también?

—Estoy de acuerdo, mi señora —asintió la nodriza.

—Entonces deprisa —ordenó Kekeyi—. Ve a salvar a tu rey.

Una vez estuvo preparado el ungüento mágico, Kekeyi se encerró con Desarata en una de las habitaciones del palacio. La puerta no se abría a nadie salvo a la nodriza, que traía un poco de ese extraño bálsamo cada día. Kekeyi lo aplicaba con sus manos en las dos heridas infectadas. Día y noche, sin separarlas nunca, como había sido advertida. La segunda esposa del rey no durmió durante semanas y cada vez sentía un agotamiento mayor. Sin embargo, veía que el rostro de Desarata iba recuperando color y eso hacía que sacara fuerzas de su flaqueza.

La ciudad de Ayodia había perdido toda esperanza de ver con vida a su soberano cuando, de pronto, un día se abrieron las puertas del balcón real. Tras ellas apareció Desarata con su corona y su larga barba negra. Tenía un aspecto inmejorable. Parecía haber recobrado toda la fortaleza perdida.

—Antes de que anochezca —dijo dirigiéndose a su pueblo—, quiero que estéis todos aquí, frente a este balcón. Tengo algo importante que deciros.

Ayodia estalló de alegría al ver a su rey recuperado. Desarata volvía a llevar la corona y la ciudad estaba segura de nuevo. Cuando el sol comenzó su descenso para esconderse tras las montañas, todos los habitantes del reino se concentraron delante del palacio real. Desarata salió al balcón acompañado de Kekeyi, Kaosalya y Sumitra, su tercera esposa. El pueblo estaba expectante y el rey comenzó a hablar.

—Como sabéis, la oscuridad ha estado merodeando con la intención de llevarme lejos de vosotros. Habría sido